

Su encuentro con la Workers' Educational Association (WEA), en la que encontró trabajo, venía de lejos y se materializó en el 45, aunque el inicio de sus clases como tutor para la Comisión de Clases de Tutoría de la Universidad de Oxford, en colaboración con la WEA, llega un año más tarde, en 1946. En 1961 se marchó a la Universidad de Cambridge coincidiendo con un período de crisis personal en el que acusa un desmantelamiento de la educación de adultos.

La última intervención de McIlroy, "En la frontera: Raymond Williams en la educación de adultos", ofrece las claves para comprender todo ese proceso. McIlroy hace un clarificador recorrido histórico y crítico de ese período en el que explica las posiciones mantenidas en el terreno de la educación de adultos no sólo por Williams, sino también por la WEA, la propia Universidad de Oxford y el gobierno británico, rescata y analiza las influencias recibidas por Williams, conecta su trabajo educativo con su obra escrita y recupera las discusiones personales entre los compañeros de trabajo, la vida intelectual y la esencia del día a día de las clases de ese lustro.

Por otra parte, la intervención de Sallie Westwood que cierra el libro actualiza el pensamiento político y social de Williams a partir de una lectura de *Hacia el 2000* (1983), que Westwood lee en clave de actualidad. El intelectual marxista británico que tantas veces analizó el pasado y el presente, en *Hacia el 2000* se atrevió a hacer predicciones sobre tendencias futuras que no resultaron nada desacertadas. Es evidente que el capitalismo sigue subordinando las formas democráticas de participación, a otras representativas, y que continúa la concentración de los medios de comunicación. Es interesante el repaso detallado de Westwood a cada uno de los puntos trabajados por el autor galés.

Pero Williams ya sabemos que oponía al pesimismo de la realidad un muy gramsciano optimismo de la voluntad; de otra forma, difícilmente se puede entender su "nada es inevitable", en el que la comunidad solidaria resurge una y otra vez como vía de escape a la sociedad presente.

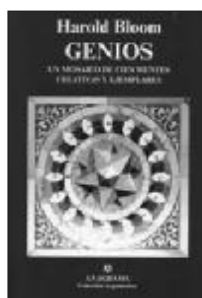
Sallie Westwood, John McIlroy y José Beltrán insisten en la actualidad de este gran pensador marxista heterodoxo que fue Raymond Williams y hoy quizá especialmente, como momento en el que se están llevando a cabo los proyectos de convergencia educativa europea, se está elaborando la futura Ley Orgánica de Educación (tan cuestionada por sectores conservadores y eclesiásticos) y hoy, cuando la universidad parece tan alejada del "terreno de lucha social" que indica Beltrán, quizá es el mejor momento para emplazar al lector a la lectura de Williams. Este libro ofrece un sólido comienzo.

Notas

¹ Se han publicado las secciones 1, 4 y 5 de la versión original, según explica el profesor José Beltrán en su introducción (pág. 13).

² Además de artículos publicados por Williams mientras ejercía como profesor de educación de adultos en la delegación de Oxford en publicaciones de la época, la antología recoge algunos otros escritos en fechas más avanzadas, en las que él ya ejercía como profesor de Teatro en Cambridge.

³ R. WILLIAMS, *Cultura y sociedad (1780-1950). De Coleridge a Orwell*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, y *La larga revolución*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.



GENIOS

A PROPÓSITO DE HAROLD BLOOM,
Genios. Un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares
(trad. de M. Valencia, Anagrama, Barcelona, 2005).

Antonio Fernández Díez

Parece que la finalidad de nuestras vidas debería consistir en alcanzar cierta libertad o felicidad personales, atendiendo también a la solicitud de una libertad o ética universal que nos comprendiera a todos como un conjunto idéntico. Sin embargo, especialmente en la actuali-

dad, la religión desempeña un papel fundamental en nuestras vidas que se ve acentuado al entrar en comparación con la ética que marca la filosofía y que también manifiesta la promesa de cierta libertad o felicidad personales, si bien la ética actúa, pretende y promete mejorar la vida que vivimos, mientras que la religión nos aborda y suspende con la promesa de una vida mejor que ésta en otra vida, tras la muerte.

Ahora bien, si estamos sujetos al dictamen de las corrientes sociales o políticas de nuestra época, y la libertad de elección de las que deberfan ser nuestras lecturas vitales acaba sucumbiendo a las demostraciones del poder, a la celebridad, como comenta Bloom con irritación, que se ha emparentado y confundido con la personalidad, o al carisma, el cual resulta engañoso incluso en las auténticas personalidades, ¿en qué medida la literatura sería capaz de influir en nuestras vidas para ayudar a mejorarlas, o, mejor, en qué medida somos susceptibles de dejarnos influir por la literatura, si es que ésta merece tal puesto y contiene una enseñanza superior a la que pueda ofrecernos la experiencia común? ¿Puede colaborar en ello la figura del genio al margen del talento y el carácter? ¿Dónde habríamos de colocar la personalidad? ¿Y qué espacio nos dejaría la religión de la literatura, que Bloom asocia al gnosticismo, para admitir la difusión abierta de las ideas, si ésta no se convirtiera en la medida que hubiera de cubrir con un velo dogmático la comprensión de la vida de la literatura? ¿Está lo suficientemente asentado, y asegurado, aquello que se acordó en llamar el canon occidental como para extraer de su estudio y comprensión ciertas reglas de la escritura y la lectura o una verdadera conducta literaria? ¿Es la ética de la literatura una caracterización escasa de los valores tradicionales que han ido acumulando nuestros maestros de la literatura a lo largo de la historia de la literatura occidental, o, por el contrario, el establecimiento de un canon literario supera las dificultades de la necesidad de la novedad o la originalidad que demandan la curiosidad y el espíritu de conocimiento de todos nosotros, y en particular

del genio? En definitiva, ¿qué podría, o debería, prometernos la literatura para mejorar nuestras vidas? ¿Y basta con enfocarse de esta manera nuestras expectativas por la lectura del genio, por la lectura del genio exterior a nosotros o por la del genio interior que, en cambio, busca resarcirse y elevarse por encima de sí mismo la mayoría de las veces?

A lo largo de la trayectoria profesional y vital de Bloom, ampliamente consagrada a la crítica literaria desde hace más de cuarenta años con la aportación de numerosos libros sobre las grandes figuras de la literatura universal como Shakespeare, Dante, Montaigne, Cervantes o Milton, con títulos como *El canon occidental*, *Presagios del milenio*, *Cómo leer y por qué*, *Shakespeare (La invención de lo humano)* o *El futuro de la imaginación* —la próxima primavera Taurus publicará su último libro, titulado *Jesús y Yavhé. Los nombres divinos*—, y sobre textos sagrados como la Biblia, el Talmud o el Corán, *Genios*, en realidad un libro sobre el Genio, como reza el título original, ocupa un lugar especial por la esperanza de continuidad de lo extraordinario en el ser humano, por el hecho de desvelar los rostros de la educación literaria, y no sólo pretende contribuir definitivamente a la reinserción del canon literario de Occidente a su lugar, en un tiempo dominado por lo que el propio Bloom ha llamado la Era del Terror o la Era de la información o del pensamiento grupal, sino ofrecer una opinión "completamente arbitraria e idiosincrásica" (es curioso que después atribuya estos mismos calificativos al genio) de la figura del genio, esencialmente conductiva entre los cien genios que Bloom ha reunido en mosaico a través de las sefirah, las metáforas o atributos que la cábala ha puesto en Dios o en la imagen de Dios y que emanan de la nada hacia la finitud, hacia "un centro que está en todas partes", que Shakespeare, reinventor de lo humano y probablemente deidad secular (en palabras de Bloom), además de centro del canon literario, podría representar totalmente.

Declarado deudor y admirador eterno de Shakespeare, seguidor de la cábala y de las teorías de Gershom Scholem

(fundador de la escuela moderna de la cábala, a la que Scholem acabó identificando con el genio de la religión judía), emersoniano y romántico, Harold Bloom, al otorgarle al genio una anatomía propia y coherente, e imaginativa, que debería reflejar, con autoridad, el carácter predominantemente estético de su obra, configurando así al genio como el genio de la lengua, nos da a conocer su confianza en sí mismo y el propósito heroico de su aproximación a la figura del genio (la confianza en sí mismo era la filosofía emersoniana; no obstante, Bloom niega estar, en su labor de profesor de universidad, a la altura de un visionario de la talla de Emerson que se permitía predicar la confianza en sí mismo). Sus palabras al respecto, así como el argumento del libro, se desprenden de las escrituras de la cábala, cuya idea fundamental reside según Bloom en que, como sugieren las propias escrituras cabalísticas, “el humano sobre la tierra es un dios inmortal y dios en los cielos un humano inmortal”, y a la vez se desprenden del hecho de que la conciencia de nuestra integridad, de nuestro genio, alcanza su objetivo al resolverse en relación con nuestro genio externo, llamando a su vez nuestra atención sobre el genio de la apreciación, que Bloom reivindica haciéndose eco de Emerson como la salvación de la decadencia de nuestro presente y como el acicate para el lector común que las nuevas tecnologías han apartado de la sabiduría que la literatura puede aportar a nuestras vidas. Nietzsche, lector atento de Emerson como Bloom, ya había dicho que el engendramiento del genio requería su descontaminación del presente, y una forma de llevarlo a cabo era por medio de la sucesión de los deberes de uno consigo mismo, que nos deberían servir para precavernos del fin de la corriente de nuestras vidas.

Deliberadamente, Bloom nos abre y nos cierra al mismo tiempo el camino de nuestra tarea como lectores al hacernos deudores de su propia deuda con los genios de la literatura, y a su vez de nuestra propia deuda ya contraída con Bloom. El genio de la aprecia-

ción ha de responder, sobre todo, a la autoridad del genio, esto es, al espacio de la autoridad del genio (para Bloom una autoridad creativa y continuamente en expansión, la expansión de una conciencia universal y literalmente ilegible, imposible de representar en la naturaleza, en nuestra naturaleza) como un recurso afín a la proyección y superación de nuestros propios límites, pues “crecer gracias al genio de otros supone ampliar las posibilidades de supervivencia”, algo que Emerson habría aclarado, en referencia a lo que él consideró el estudiante americano, al afirmar que “para leer bien uno debe ser inventor”, de manera que “leer”, como ha visto con acierto Bloom en el pensamiento emersoniano, “debe ser recuperar lo que es nuestro”, y esto es algo tan trascendental como la actitud en que nos insiste el autor de *Genios*.

El genio creativo y personal de Bloom reafirma su individualismo porque reconoce la frontera de su creatividad, la centralidad de su originalidad, y por tanto se desentiende y distancia de la divagación propia del genio del romanticismo, lo que Bloom expresa haciendo uso, de nuevo, del incipiente genio de la apreciación: “El lector aprende a identificar lo que él o ella sienten como una grandeza que se puede agregar al yo sin violar su integridad”.

Su intención es ponernos, figurativamente hablando —recordemos que Bloom nos habla del genio de la lengua, del genio que yace en la expresión escrita—, en la tesitura del genio emersoniano o trascendentalista, por decirlo así, en donde el genio creativo y visionario habría de hacer una lectura inconfundible de su propia mente y, al interpretarse, habría de expandirse sobre sí mismo logrando la posesión de la parte que había echado en falta, luchando consigo mismo y aprendiendo del “estímulo del genio previo —el sentido del mosaico o de la correspondencia o el cruce de mentes creativas y ejemplares en que está estructurado el libro adquiere ahora su verdadero significado— más que por los contextos culturales y políticos”. La aparición del genio tiene su origen en el entorno

romano de la antigüedad, a cuya función, que debía consistir en la fuerza procreadora y en la posición del padre de familia y del genio tutelar que siempre acompañaba en preeminencia a los emperadores romanos, se remite la autoridad de Bloom en respuesta a la cuestión por lo mejor y lo más antiguo en nosotros, por lo que según Emerson no habría de formar parte de la naturaleza o, como le gusta decir a Bloom, de nuestra conciencia capaz, gracias a la cual deberíamos rendir cierto homenaje a nuestra condición de extraños en un mundo extraño y comenzar así a rescatar lo único que puede ser nuestro, lo más antiguo, sobre lo que Bloom se pregunta de forma trascendental: “¿Pero cómo encontramos lo más antiguo? ¿En qué momento se reconoce el genio a sí mismo por primera vez?

Sócrates y Mahoma, que pertenecen a la tradición oral, no dejaron nada escrito de su propia mano, pero Platón, tal vez la cima más alta de toda la filosofía, al que Bloom incluye en su mosaico, hubiera preferido no tener que escribir nunca (Emerson también se lamenta de ello en algún momento), y creo que, en parte, es aquí donde el genio del mundo filosófico es originariamente leído y legado a través de la palabra, de la comunicación inmediata, que le resta espontaneidad y definición, de un modo u otro, a la escritura literaria, pues en buena parte es cierto que habría filósofos aun cuando no hubiera lectores (lectores de filosofía y por qué no de literatura) y, por tanto, sería justo que nos preguntáramos si habría literatos, genios de la literatura, aun cuando no hubiera lectores.

A pesar de que el concepto de genio sea una creación del espíritu romántico de la ausencia de racionalidad en el hombre que, desencantado por el fraude que supuso la ilustración, se vio inducido a formarse una nueva identidad de sí mismo, abstraído en la melancolía y en la creencia de que lo sobrenatural, de la que participaba conscientemente, se caracterizaba por la posibilidad de la percepción inigualable de sensaciones, por la experimentación de la fantasía y el reclamo de la pasión, que

relegarían la subjetividad a lo externo como fuerzas superiores a la razón, Bloom le atribuye un valor especial a aquellos que han trascendido los límites y han sido capaces de crear sus propias comedias humanas, como en el caso de Dickens, Balzac, Henry James, Lewis Carroll o Dostoievski, a los cuales agrupa bajo el nombre de la sefirah Malkhut, la última y más importante metáfora cabalística del libro, porque pondría de manifiesto la presencia de Dios en el mundo, la personalidad aventajada de nuestra condición humana, o, como declararíamos al principio con la cábala, la divinidad humana (o humanizada) o la humanidad divina (o divinizada).

Según Bloom, sólo el genio o la conciencia de Shakespeare son capaces de “transmutar lo material en inspiración”, si bien su naturaleza es heroica (la de Shakespeare en particular, y la del genio en general), y su futuro es incierto a causa de que el genio necesita un rigor que sólo puede ser para nosotros metafórico, y que, entretanto, Bloom adscribe al “juicio riguroso” que caracteriza principalmente a Malkhut y que debería ser la pauta que empleáramos para medir el alcance de nuestro genio.

Ser un devoto de Bloom podría representar el peligro de correr al lado de la estela de una personalidad, aunque de la crítica literaria, que nos embelesara por la firmeza (¿confianza en sí mismo?) de sus apreciaciones literarias del genio, a las que, en mi deuda contraída recientemente, me agradecería contribuir reiterando la idea de la percepción del genio a través de la escritura, la cual aumenta con creces el valor de nuestra intimidad y fomenta la actividad de nuestro genio, si bien con ciertas reticencias, en mi opinión las propias reticencias que conllevaría el estilo o la estética de la literatura o la expresión del genio, a las que probablemente el “logos” o la transmisión original (oral) de nuestro genio (tal vez nuestro genio antiguo), al fin y al cabo el equilibrio entre el pensamiento y lenguaje capaces de llegar a conocerse a sí mismos, podrían contribuir al mismo tiempo que contribuyeran al conocimiento de las posibilidades del presente

de nuestras vidas. Nuestro genio de la apreciación podría solventar en parte su deuda con una sugerencia que, con ocasión de unas palabras sobre el valor de vivir para uno mismo y sobre el papel de la crítica literaria, William Hazlitt escribió más como una advertencia que en defensa de aquel que no se había convertido todavía en un crítico de los lugares comunes, en un pedante de conversación cortés (pese a que el error es irremediable en todos nosotros): “Cualquiera que difunda un cuento es implícitamente creído”, pues lamentablemente “el oído es más rápido que el juicio”. El juicio, consciente de su identidad como razón de su madurez o desarrollo, o de la madurez o desarrollo del genio o la personalidad irrepetible, debería alertarnos de las extravagancias de nuestra imaginación o impulso creativo.

AL CONTEMPLAR POR PRIMERA VEZ LA LITERATURA COREANA

*Then felt I like some watcher
of the skies
When a new planet swims
into his ken*
JOHN KEATS, *On First Looking into
Chapman's Homer*

Antonio Lastra

En noviembre de 1855, como agradecimiento por la hospitalidad con la que Thoreau le había acogido en Concord, Thomas Cholmondeley le envió al escritor cuarenta y cuatro volúmenes de filosofía, religión, historia y literatura orientales, que Thoreau dispuso en un estante especial tallado en un tronco que la corriente del Concord había dejado en la orilla. En su diario escribió: “Me siento instruido con la mera posesión de estas obras”. Pocos días después, le envió a Cholmondeley *Walden*, los poemas de Emerson y *Hojas de hierba* de Walt Whitman.

Salvando las distancias, he recordado ese intercambio al recibir diez volúmenes de la serie de Literatura Coreana que la editorial Verbum recoge en su catálogo, y que comprende toda una biblioteca. Es verdad que al editor Pío Serrano le envié la traducción



que preparamos Javier Alcoriza y yo de *Walden* y que en nuestra correspondencia le confesé mi ignorancia absoluta respecto a Corea y su literatura. Ojalá esta nota sea mi *driftwood* y reciba algo de la gracia del extranjero, una gracia peculiar de los estudios culturales. Verbum no es ajena, desde luego, a esta disciplina: entre las novedades de su catálogo para esta temporada se encuentran títulos como *Estudios sobre cine* o *Transculturación y poscolonialismo en el Caribe o Colonialismo e independencia cultural*, de inequívoco sesgo culturalista, que se añaden a otros volúmenes de su fondo como *Perspectivas trasatlánticas*, *Estudios coloniales hispanoamericanos* o *Reescrituras postcoloniales del Bildungsroman* o *Los valores estéticos en la cultura clásica japonesa*, que hacen de Verbum una editorial insignia en los estudios culturales, especialmente, pero no sólo, en el ámbito hispanoamericano, un ámbito que no resulta tan familiar como podría dar a

entender, para un lector en español, la mera comunidad lingüística. La preocupación de Verbum por recuperar la Estética como una de las fuentes más importantes de la modernidad no es tampoco insólita entre los estudios culturales: Edward W. Said, el más serio de los practicantes de los *Cultural Studies*, fue durante toda su vida un lector de la *Mimesis* de Auerbach.

Pero es, precisamente, la serie de Literatura Coreana la que constituye un verdadero don, y yo me he sentido, si aún no instruido, atraído por el *mot*, la hermosura gravitatoria de la antigua religión coreana, al contemplar los libros que Pío Serrano me ha enviado y que forman un mundo, un mundo no tan extraño como podría dar a entender, para un lector en español, una lengua como la coreana, y seguramente más familiar. (Dieciocho siglos antes de Cristo, en Corea se había difundido el uso de la escritura china.) Entre los libros que he recibido predomina la poesía, y la poesía es la lengua materna de la literatura del mundo. *Nostalgia* de Chong Chi-yong, *Imágenes del tiempo* de Yu Chi-Hwan, *A vista de cuervo* de Yi Sang, *Yo que no soy nada, lo soy todo* de Choi Seung-ho y *La hoja negra dentro de la boca* de Ki Hyoung-do son, en orden cronológico, los poemarios que he empezado a leer. Chong Chi-yong estudió literatura inglesa, fue católico y comunista y murió en prisión durante la guerra de Corea. Podría ser la biografía de un poeta europeo o americano. También resultan familiares los versos de la *Canción de amor a la patria*: “Al miramos los hombres universales / quién diría que somos pocos, / claro está / todos los pueblos seremos uno”. Yu Chi-Hwan murió en el año en que yo nací. El editor dice que su poesía “revela la resistencia de una conciencia ética basada en un humanismo universal”. Uno de sus versos es el siguiente: “¡El cosmos es pensar!”. Yi Sang ha sido comparado a Gertrude Stein y a Beckett. Al empezar a leerlo, yo he recordado en seguida, sin embargo, a César Vallejo. En el poemario de Choi Seung-ho, que data de 2003, hay un poema a la televisión que podría haber sido escrito en una habitación cualquiera

del mundo. Me será difícil olvidar estos versos de Ki Hyoung-do: “Gracias. / El invierno siempre / nos conduce a la humildad”.

Junto a los libros de poesía hay dos libros de relatos: *Cuentos coreanos del siglo XX* y *Yi Sang y otros narradores coreanos*. Los relatos del poeta Yi Sang podrían servir para entender, de una manera ejemplar, pero tortuosa, la relación del colonialismo, en este caso un colonialismo no occidental (el japonés en Corea), con la literatura. “Resistencia” es el concepto más repetido por los editores para referirse a esta muestra de prosa: cuanto más se han adentrado los escritores coreanos en sí mismos y en su identidad nacional, más universales resultan.

La cuchara en la tierra de Hyun Ki-Young es la única novela coreana que conozco. La primera palabra de la novela es “Padre”. El último párrafo es éste: “La muerte me llevará por fin a la naturaleza. Por eso voy ensayando así el retorno a mi pueblo natal. La vida de Seúl, durante todos estos años, me parece tiempo malgastado de balde. Si me pongo de pie frente al mar tengo que reconocer el fracaso. El mar me convence de que la isla que abandoné no es la zona fronteriza, sino el centro del mundo. Yo soy temporal y ese mar, en cambio, es eterno, y es atento a su palabra eterna como voy ya en camino, de regreso al vientre de mi madre” no soy indiferente a la piedad.

Los dos últimos libros tratan de religión. *El Pungniudo y el pensamiento religioso de Corea* de Ryu Tongshik está dedicado a la creencia ancestral coreana, el último de cuyos avatares fue el cristianismo. En el prólogo a la primera edición de 1997, el autor habla de “la dignidad de ser coreanos” y confiesa que confió a la memoria la escritura de su libro. *Budismo coreano. Tradición y transformación* es el único volumen escrito originalmente en inglés “para las series —dice el autor en su prefacio— de Estudios Coreanos”. Sobre la enseñanza filosófica (algo a lo que yo mismo tampoco soy ajeno) se lee en la página 243: “Los profesores de filosofía en Corea tienen mucho en común con los líderes budistas en